

les. De donde hemos de colegir que ese capítulo del *Fr. Gerundio* es una protesta pública, aunque algo vergonzosa, contra el francesismo pegado al romance español.



## VI

GAM.—Así lo entendió aquel benemérito varón, Gregorio Garcés, cuando cifraba el *fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana* en la asidua imitación de los clásicos autores. Del cenagoso atolladero me sacó á mí ese libro, en especial cuando comencé á notar que el desdichado Fabié había vaciado en su *Prólogo* á la obra de Garcés un asqueroso farrago de gabachadas á vueltas de indigesta erudición.

GER.—¿Habéis advertido la composición de lugar (dadme licencia para llamarla así) que hizo Garcés al emprender la hechura de su libro, si no hila mal mi pensamiento? Voló él con el suyo á los tiempos de Felipe V. Parándose á pensar como hombre cuerdo, dijo entre sí: Si la Real Academia Española hubiera entonces enviado á la de *Bellas Letras* de París una embajada en estos ó semejantes términos: «Muy ilustre señora: Atento que la lengua

de V. S. padece tanta escasez de vocablos, que se ha visto precisada á cargarlos de sentidos metafóricos y á encimar metáforas sobre metáforas en muchísimas de ellas, con perjuicio de la claridad y elegancia, he resuelto yo tomar de mi caudaloso arcón unos cuantos verbos para enviárselos por vía de regalo á V. S., puesto que, como buenas hermanas, nos hemos de favorecer entrambas mutuamente en casos de necesidad. Los verbos son: *alcanser, chamusquer, campéer, réventer, casquer, castagnèter, disfrasser, québranter, amaguer, conséguir, adelantanter, embrômer*. Si esta docenita cuaja, si le hace gracia á V. S., quédanme otras mil docenitas de verbos con mil docenitas de nombres y mil docenitas de modismos que ofrezco desde hoy á V. S. para socorro de su miseria. Dios guarde á V. S. mil años para bien de las Letras Humanas. Madrid á tantos de Enero de 1730»; si en tales términos hubiesen los españoles regalado á los franceses, ¿qué habrían éstos respondido? ¿Cómo habrían recibido una tan razonable y caritativa embajada?

NEAN.—¡Cáscaras, señor mío! Al revés me las calcé; calo ya la trastienda del P. Gregorio. No es mala composición de lugar ella. Pero los galicistas españoles no se anduvieron con esos melindres de si me quieres te quiero. No, señor; no usaron de cumplimientos con la lengua española, cuanto menos con la francesa; por más pobre que la viesan, guiñándose el ojo,

trataron de agotarle la bolsa, adoptando sin escrúpulo sus andrajuelos.

GAM.—¿Por qué echas tú también sin escrúpulo la garra á ese *adoptar*, que nos tiene molidas las orejas? Ya sé que Cuervo le alabó de pasadero, fundado en la autoridad de los galicistas Jovellanos, Moratín, Quintana, Martínez de la Rosa (Diccion., t. I, pág. 210); mas ¿qué necesidad tenemos de ese metafórico verbo cuando sobran los castizos *aplicar, tomar, emplear, admitir, apropiar, prohijar, ahijar, usar, usurpar, aprovecharse, valerse*, etc., que los clásicos manejaban en vez de *adoptar*, al cual sólo concedían sentido de *tomar por hijo*?

GER.—Este fué el pecado más escandaloso de los galiparlistas, arrebatar á los franceses dicciones figuradas, cuyos metafóricos sentidos exprimían los clásicos por otros vocablos particulares de la lengua española. En su pecado perseveran con más contumacia los modernos, que dicen: al revés me la vestí, ándese así. Por eso el P. Garcés hizo esta cuenta: confesar tienen los galicistas su ruindad; ya que no quieren ellos pagar, salgan los clásicos por fiadores de tantos hurtos, devuélvase á la lengua lo robado, vengan aquí los concienzudos á llenar el talegón, rematemos cuentas con pago justo y honroso á nuestra patria. Con esto empezó á trabajar sin *adoptar medidas*, sin *adoptar voces*, sin *adoptar* tanta inmundicia como vió pegada al lenguaje de su tiempo.

NEAN.—He oído satirizar el libro de Garcés por falta de crítica y por sobrado de petulancia.

GAM.—Los modernos, que se atreven contra él, ¿cómo no han probado sus valentías en mejorar la obra? Morder con diente envidioso, á cualquiera se le alcanza. Lo que nadie negará es que tenía muy en la memoria los capítulos del *Quijote*, pues los pone á la vista del lector casi en cada página.

GER.—Empresa muy ardua fué la suya: hombros de gigante pedía. Entró en ella desjarciado. Porque, decidme si no, ¿de qué sirve acompañarse de una docena, pongamos dos, de autores clásicos, para dejar enteramente demostrada la propiedad y riqueza de nuestro romance y afrentada la pobreza del francés?

GAM.—A mí lo que me hace buen pecho es el atinado juicio que de mi Cervantes forma Garcés, llamándole *como el Secretario de nuestra lengua*. Natural era que luego añadiese: «esta obra pudiera y debiera ser leída de la juventud, para aprender en ella nuestro más culto y propio romance.»

NEAN.—Será todo eso verdad, mas también opino yo con D. Geroncio que dos docenas de prosistas no bastan para desenvolver todas las bellezas del romance. Eso que afirma Garcés del *Secretario de la lengua*, ¿cómo puede cuadrar á Cervantes, á quien faltan voces, modismos, frases y tantos secretos lingüísticos cuantos hasta aquí nos ha hecho D. Geroncio no-

tar? Con tan pocas jarcias no pudo Garcés llevar á cabo obra de tanto peso.

GAM.—La frase *llevar á cabo* no es clásica, buen mozo. Los clásicos decían *llevar al cabo*. En todo el siglo xvii no hallarás uno solo que dijese *llevar á cabo*: así lo tengo de D. Geroncio, según que lo veo comprobado por el Diccionario de Autoridades.

NEAN.—¡Escrúpulos de monja! ¡Quisquillas de gramáticos! Letra más, letra menos, ¿qué monta, hombre?

GAM.—Mira, Neanisco. Haz cuenta que te me plantas encima de un burro, tieso que tieso. ¿Qué dirán los que te admiran jinete? Dirán cierto: *ese no cae del burro*. ¿Aplaudirías tú que dijeran *no cae de burro*? No, porque siendo *el burro* bestia determinada, artículo ha de llevar, no sea piensen los circunstantes que de tan burro como eres no atinas ni aciertas. Luego también el *cabo* de *llevar al cabo* es un *cabo* cierto, particular, determinado, que sin artículo no anda.

NEAN.—No me rindo á tu razón. Estos días pasados de Pascua, leyendo el discurso de Rivadeneira sobre la *Resurrección* de Cristo Nuestro Señor, tropecé, si mal no recuerdo, con la frase *llevar á cabo*. ¿Quieres testimonio de más peso? ¿Qué prestan tus razones metafísicas al lado de tan respetable autoridad?

GER.—Pregúntale al bachiller, Gamantes, por el año de la impresión.

NEAN.—Reciente es, señor; del año 1901. El *Apostolado de la Prensa* la hizo.

GER.—Bájame ese tomo I.º del *Flos Sanctorum*, impreso en 1734. Lee en la página 26, *De la Resurrección*.

GAM.—Dice así: «Los negocios que Dios nos encomienda, por bajos que sean, los hemos de llevar al cabo, y no los hemos de encomendar ni hacer por manos de terceros.»

GER.—¿Estamos, Neanisco? Si tuviera yo ahora tiempo para mostrarte los desatinos que han puesto los editores é impresores modernos en boca de los clásicos, habría motivo para mirar, no sé si diga con risa ó con lástima ó con enojo, las ediciones recientes, que enmiendan á los clásicos la plana.

GAM.—Conque ya ves, amiguito, cómo la frase castiza no es *llevar á cabo*, sino *llevar al cabo*, por más que los modernos repugnen.

GER.—Volviendo á Garcés, una cosa muy rara quiero toquéis con las manos: no hallaréis en todo su libro una sola autoridad de Jovellanos, Moratín, Cadalso, Iglesias, Reinoso, Meléndez, ni de otro cualquiera de sus contemporáneos; con solas autoridades clásicas aprieta Garcés, por asentar firmemente los idiotismos del romance.

NEAN.—Por descuido cuento yo el no haber hecho caso de los clásicos modelos del siglo XVIII.

GAM.—Hablaste, hijo, por boca de ganso.

El ganso es aquel Anotador de Garcés del año 1885, que al *Prólogo* del tomo segundo añadía: «Nos parece que pueden estudiarse como modelos, quizá con más utilidad para nosotros que los antiguos, á Moratín y á Reinoso, como prosistas y poetas, y en este último concepto á Lista, á Iglesias y al insigne Duque de Rivas.»

GER.—Ni ley gramatical guarda ese galicista.

GAM.—Ya lo ves, Neanisco; Dios los cría y ellos se juntan. Los galicistas vivís adunados, participáis de un parecer; los clasicistas se hacen á una para la parte contraria. Cuando el jesuíta Garcés, varón forjado á la antigua, publicó en 1791 su libro á expensas de la Real Academia, tenían los galicistas afeada con negros borrones la hermosura del romance. ¿Qué hizo el prudente autor? En vez de levantar el bramo con destemplados aspavientos, prefirió exhortar á la imitación del lenguaje correcto suavemente, mediante el estudio de los clásicos modelos. Porque, como lo enseña Cervantes en el *Prólogo* del *Quijote*, mucho importa «procurar que con palabras significantes, honestas y bien colocadas salga vuestra oración y período sonoro y festivo, pintando en todo lo que alcanzárades y fuere posible vuestra intención, dando á entender vuestros conceptos sin intricarlos y escurecerlos.» Tal es el sólido fundamento del bien hablar: pro-

piedad de las voces, enlace de las voces, de arte que se miren todas entre sí y como que se llamen unas á otras, para mostrar vivamente representada la sentencia que traen envuelta en su natural vigor. A esto se encamina la obra de Garcés, puesto á la vista el ejemplo de los cultísimos autores, de Cervantes, en primer lugar. ¿Cómo quieres tú, Neanisco, que entrasen en docena los galicistas, escritores ineptos en materia de lenguaje?

GER.—¿Ineptos sólo, hijo? Perjudiciales, dijera yo, á más no poder.

NEAN.—Ó entiendo yo mal las cosas, ó v. m., por encarecer la cura, encarece la dolencia.

GER.—No, hijo; te engañas pecando de agudo. Fenecida en el siglo xvii la edad de oro, entró la de plata, que remató presto en la de bronce; duró ésta poco tiempo, el suficiente para abrir la puerta á la de cobre; en breve amaneció la de hierro, que es la que actualmente nos tiene atraillados, sujetos á arrastrar cadena de incomportable servidumbre. En estos pasajes de edad en edad aconteció lo que suele en las conquistas, cuantoquiera injustas, que los vencidos fueron juguete de los vencedores. ¿Quién entró en son de triunfo, con la bandera enarbolada, sino el francés? ¿Quién recogió debajo de su bandera la gente española sino el francés? Si el francés abrió la puerta al asalto de la lengua para que entrasen sus muñidores en nuestras provincias á talar, corrom-

per, descuajar, no hay para qué preguntar qué linaje de *conquisteros* eran los afrancesados. Llámolos *conquisteros*, porque no se me ofrece nombre más propio. Dejaron tras sí las *conquistas* de su impetuoso raudal.

GAM.—Neanisco, despabila esos ojos. Todos los disparates que á diestro y siniestro arrojas, despojos son de aquella tala, rapiñas de los *conquisteros*.

GER.—Los cuales, poco á poco, cual gavi-lla de zorras en viña cercada, apenas dejaron verde ni seco que no desperdiciasen con afrenta del idioma patrio. El trastorno del español fué general el día que el galicismo señoreó. Desde Cadalso hasta Quintana corrió la edad de cobre, que había de venir á parar en la presente de hierro. Triste, muy triste cosa es ver la ninguna mella que la obra de Garcés hizo en los de su tiempo, enamorados del habla francesa.

NEAN.—¿Qué suerte de lindezas descubrían ellos en el estilo francés? Porque de mí sé decir que le tengo prevención.

GAM.—No abuses, muchacho, de la palabra *prevención*, que es galicismo cuando se usa por *ojeriza*, *inquina*, *aversión*.

NEAN.—Sea en buenhora. No puedo yo con el francés. Mírole de socapa cuando me acuerdo de haber leído en una Carta de Fenelón que el francés es amigo de procesiones, pero tales, que primero asoma el sujeto mano á mano con

su adjetivo, viene después el verbo de braceo con el adverbio, en fin, el complemento con su paje al lado: todo ello sin chiste, sin cadencia, sin festiva gracia, con empalagosa uniformidad.

GAM.—Cierto, así lo deploraba Fenelón en su *Carta á la Academia Francesa*, artículo quinto. Pero los galicistas españoles comíanse las manos tras esa monotonía de los franceses.

GER.—¿Sabéis por qué? Estadme atentos. En el tiempo en que vamos, en el último tercio del siglo xviii, el idioma francés pareció haber salido de miseria. Habiendo sus escritores tomado mayor vuelo con extraña mejoría de estilo, hacían alarde ostentoso de levantar á gran fortuna lo rastrero de la lengua patria. En zancos andaban sus libros, como llovidos volaban á manos del vulgo. Sopa caída en leche semejaba un escrito de Rousseau, de Voltaire, de D'Alembert, aun á los mismos españoles, quienes en vez de encapotar el rostro á vista de tales desafueros contra la verdad religiosa, los apadrinaban imaginando veniales el maná envuelto en aquellas fementidas hojas de lenguaje almibarado. La época de Fenelón era de hierro comparada con la de oro, que los volterianos pregonaban por la más clásica de los franceses. ¿Qué convenía á la honra de nuestro romance en aquella sazón en que el francés iba tan de viento en popa? Pensadlo con atenta consideración. Juzgo yo que el medio más po-

deroso para contrastar la vehemencia del galicano impulso era juntar la hueste aguerrida de nuestros clásicos en forma de bien dispuesto escuadrón, presentarlos todos á campo abierto con las armas bruñidas, haciendo que la justicia decidiera el valor del lenguaje por los monumentales documentos de los libros. Entonces se hubiera trabado la más sangrienta batalla que jamás el mundo vió. ¿Es imaginación mía lo que digo? No: ahí están *Las fantasmas de Madrid y Estafermos de la Corte*, obra compuesta por D. Ignacio de la Erbadada, impresa en 1762, escrita con pureza y elegancia, cortada á la ley del clásico decir, casi del todo exenta de los vicios á la sazón reinantes. ¿Por qué no habían los clásicos de salir á la palestra, pues llegaban aún á tiempo de quitar, con la fuerza de las armas, los despojos del contrabando introducido por los desleales *conquisteros*? ¿No vemos en la *Crisis Política* del P. Juan de Cabrera, S. J., publicada en 1719, un ensayo de lenguaje puro, con mejoramiento de estilo? ¿Cómo no entendieron los apasionados de la lengua castiza que el mal presente era sanable, pues aun en la mitad del siglo xviii se hallaban muy bien los púlpitos con el alimento de la clásica dicción, como lo podríamos demostrar sacando á la publicidad un sin número de sermones predicados fuera de la corte, no contaminados aún con el gusto corrompido de la galiparla? Cortar el mal de raíz

fuera entonces alargar la vida á la lengua, dado que fuesen para ello menester botones de fuego con que atajar el contagio. No podía cobrar el habla corriente su tradicional entereza, á menos de aplicarle por contraveneno el restaurativo de las hojas clásicas, reparo general del estragado gusto. Donde la lozanía de la juventud mofaba del desaire de la vejez, preciso era mostrar cómo ésta despedíase de ser caduca, pudiendo volver á los años floridos con sólo presentar en público los espejos de su antigua beldad. Tomar á peso la carga era forzoso, consultar despacio la determinación, prevenir las armas con prudencia, disponer los ánimos de los guerreros, agavillarse muchos y valerosos; en tal caso, ¿cómo no entendieron los leales españoles que el tiempo de la revolución francesa les ofrecía ocasión de trance belicoso, en que nuestro idioma podía coronarse con los lauros del triunfo?

Mas, ¿qué aconteció en aquella oportuna sazón? Quedáronse los leales mano sobre mano, cerraron á la vergüenza los ojos, olvidados de lo que valían sintieron pereza en los pies, abandonáronse á la ignoble ociosidad, entretanto que los desleales se arrojaban apasionadamente á cultivar el francés, á traducir del francés, á perder el seso tras el francés, á enlabiar el vulgo con el hechizo del francés, á vender por estilo extremado el estilo francés; conque por cobardía de los unos y por osadía de los otros

la lengua francesa llevó la palma, con mengua y desdoro de la lengua española.

GAM.—No lo extraño, señor. Hombres conozco yo á cuya vista todo al lado del francés parece feo, cual si la lengua francesa fuese la gala y cifra de toda literatura hermosura: bizarros los nombres, lindos los verbos, riquísimas las construcciones, embelesador el jueguecillo de palabras. ¿Qué será si añadimos que el gusto pervertido no atiende á medicamentos contrarios? Hallábanse bien hallados los galicistas con su rematada afición. Aspiraban á la novedad. Daban por despedida con el pico la pluma vieja. Enjordanarse era todo su afán. Subían al cielo el estilo del francés. Cogiales en gracia la poquísima que tienen sus frases, si algunas atesora la lengua. ¿Cómo se habían dócilmente de rendir los del siglo xviii á los avisos de Garcés, tan apasionado cervantista como yo? No; los *conquisteros* habían de quedarse en sus trece, las *conquistas* tenían que pasar adelante.

